

PERSPECTIVAS DEL SISTEMA DE PARTIDOS POLÍTICOS EN NUESTRO PAÍS

*Conferencia del doctor Alberto A. Natale
al incorporarse como miembro correspondiente a la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
en sesión pública del 21 de noviembre de 2007*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Leograf

Rucci 408 - Valentín Alsina - Prov. de Bs. As. en el mes de diciembre de 2007.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2007 / 2008**

Presidente Académico GREGORIO BADENI
Vicepresidente Académico ISIDORO J. RUIZ MORENO
Secretario Académico HUGO O. M. OBIGLIO
Tesorero Académico JORGE EMILIO GALLARDO
Prosecretario Académico FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Protesorero Académico HORACIO SANGUINETTI

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA ..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE.....	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Pedro J. FRÍAS.....	10-12-80	Estanislao Zeballos
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO.....	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI.....	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos María BIDEGAIN.....	25-06-86	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Carlos A. FLORIA.....	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN.....	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Gerardo ANCAROLA	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ.....	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Félix LUNA.....	23-04-97	Roque Sáenz Peña
Dr. Víctor MASSUH	23-04-97	Domingo F. Sarmiento
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN.....	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU.....	28-04-99	José de San Martín
Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA.....	10-11-99	Dalmacio Vélez Sársfield
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Miguel M. PADILLA	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Estaban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA.....	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA.....	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO.....	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes

*Apertura del acto a cargo del
académico Presidente Gregorio Badeni*

En la sesión pública de esta tarde, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se complace en incorporar a un nuevo Miembro Correspondiente. Se trata del Dr. Alberto A. Natale, distinguido científico e investigador que, a través de la cátedra, del libro, así como también de una intensa actividad política forjada sobre el bien común, ha puesto de manifiesto sus relevantes cualidades intelectuales y morales que avalan su incorporación a esta Academia. Así lo decidieron los miembros de ella valorando debidamente los antecedentes del Dr. Natale.

Dr. Natale, tengo la satisfacción en representación de nuestra Academia de otorgarle el testimonio de su nombramiento en un honroso cargo que acarrea innumerables cargas que bien sabemos Usted sabrá afrontar.

*Palabras de presentación a cargo del
académico de número Jorge Reinaldo Vanossi*

El Dr. Natale ha elegido como tema de su incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas “*Perspectivas del Sistema de Partidos Políticos en nuestro país*”. Es un tópicico por lo menos apasionante y que lleva por supuesto a ahondar en reflexiones que, de antaño, lo preocupan al doctor Natale, quien tiene acumulada una gran veteranía en esa materia. Creo, además, que nada más apropiado que éste, el tema elegido, para la hora actual y sobre todo pensando en el futuro de los argentinos. Como dirían los Ingleses: *The right man, at the right place in the right moment*. Es decir, todo se encuentra exactamente calibrado para que el tema despierte el mayor interés de todos los presentes.

El diccionario de la Academia, según informan los diarios, hace pocas semanas ha incorporado varios miles de expresiones lingüísticas que se utilizaban en idioma latino o en idioma inglés, pero que no estaban castellanizadas. Entre las que están ahora incorporadas, está la de animal político, *zôon politikón*, y precisamente esta expresión es para el caso el sentido más encomiástico que podemos darle, si se la aplicamos al doctor Natale. Es un *zôon politikón* por excelencia, por naturaleza, por vocación y, además, por su dedicación que, como enseguida veremos, es ya suficientemente conocida y acreditada.

El doctor Natale nació en 1938, y acá está la primera coincidencia (permitan que en algunos casos me exprese en primera persona) somos del mismo signo: virginianos. Eso hace que en los últimos días del mes de agosto de cada año, nos felicitemos recíprocamente, lo cual es un buen pretexto para poder tener una conversación sobre temas que por lo general desembocan en algunas alegrías pero también en algunas tristezas.

Su esposa Blanca Plus de Natale, que hoy nos acompaña, lleva ya en el apellido algo que el doctor Natale tiene que tener en cuenta, porque si él es un hombre de “buena navidad”, ella es un “plus”, es decir, un valor agregado; es sin lugar a duda una gratificación, un más, que sería la traducción literal, en la vida compartida que con tantos años y con tanta felicidad llevan y cuyo hogar lo demuestra. De modo que Blanca puede tomar en cuenta esto para exigir, como bien ganancial, también la incorporación a esta Academia, más allá de que ésta no tenga ningún valor pecuniario pero sí tiene, y sé que Alberto así lo valora, un gran sentido afectivo y valor simbólico.

Muy joven se recibió de Abogado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral en 1961 y desde entonces ha ejercido ininterrumpidamente su actividad profesional en uno de los estudios más prestigiosos de Rosario, el bufete que iniciaran el doctor Camilo Muniagurria y el doctor Celestino Araya, que desde hace años integra como miembro titular el doctor Natale.

Quiero tener también un recuerdo para Camilo Muniagurria porque en lejanos viajes a Rosario nos juntábamos los tres: Alberto Natale, el doctor Muniagurria y el que habla, en el Club Social –creo que era así– y teníamos almuerzos pantagruélicos dedicados a analizar la situación del momento, en este país donde es imposible aburrirse con ese tema porque los escenarios son tan cambiantes y tan fluidos, a veces para bien y a veces para mal, que siempre despiertan alguna interesante reflexión en conjunto, por

aquello que decía Unamuno que “la meditación es individual pero la reflexión es un acto social, es un acto compartido”.

Desde luego ha estado siempre apuntalado en los sacrificios provenientes de la vida profesional, de la vida política y de la vida universitaria y académica, por su familia. Creo que era Jules Renard, el famoso escritor francés, que decía que a la sombra de un hombre célebre hay siempre una mujer que sufre. En el caso de Blanca creo que no es sufrimiento sino la alegría de poder ver como, cuando se siembra bien, se cosecha mejor, es decir que se reciben reconocimientos, por esa gran ley de recompensaciones que tiene la vida, donde algunas veces tenemos bajones, que nos pueden deprimir, pero otras veces se reciben reconocimientos, que no son para mantenerlos en la congeladora sino para intro-yectarlos como un estímulo que permita emprender nuevas cosas, es decir asumir nuevos emprendimientos.

Realizó toda su carrera docente por concurso, desde el cargo inicial de ayudante de cátedra, profesor adjunto, jefe de investigación hasta Profesor Titular de Derecho Político, que es la materia por la cual él ha manifestado su predilección, en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario, donde aún hoy es titular y lo ha sido también en algunos momentos en la Universidad de Belgrano en Buenos Aires, en la cátedra de Teoría del Estado y del Gobierno.

Tiene muchas obras publicadas, pero no voy a hacer ahora aquí el recuento ni la nomenclatura de sus títulos. Quiero rescatar dos o tres que estimo marcan un jalón, un hito. Su obra *Derecho Político*, escrita, pensada, razonada para la enseñanza en la cátedra de la cual es titular y que ya va por una segunda edición. En ella uno encuentra realmente notable el estilo claro, sucinto, accesible, para la definición y solución de muchos de los misterios y problemas que la Ciencia Política encierra, como el problema de la representación, el de la intermediación, la gobernabilidad, etcétera, que ha ido incorporando a través de la nueva

edición del libro de *Derecho Político*, lo cual supone en el ínterin entre la primera y la segunda edición, dos décadas que han sido aprovechadas para volcar la experiencia que da la cátedra y que sólo ésta puede brindar a efectos de saber cómo hay que actualizar los contenidos de una obra.

Destaquemos también sus “Comentarios” sobre la Constitución, que editó Depalma en Buenos Aires, como así también numerosos artículos en las revistas más prestigiosas del país, tanto de Rosario como de Buenos Aires y de otras ciudades del país y del exterior.

Fue el organizador y presidió el Primer Encuentro Argentino de Profesores de Derecho Político, que se hizo en Rosario en 1977, en un momento difícil, porque la propia expresión “Derecho Político” podía llevar a pensar que esa reunión escondía, “como el pabellón que cubre la mercadería”, algún otro propósito. Pero el objetivo era científico, era académico, era de ilustración y fue todo un éxito. Un suceso que lo compartimos con alegría profesores de todo el país. Hay que tener presente que años antes, en la Universidad de La Plata, se había eliminado Derecho Político de la carrera de abogacía para trasladarla al doctorado, porque se la consideraba una materia peligrosa, al revés de lo que ocurrió en España durante todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX, en que el “peligroso” era el Derecho Constitucional: entonces se enseñaba Derecho Constitucional bajo el rótulo de Derecho Político, que parecía un nombre aparentemente más inocente o por lo menos algo más neutral (durante el siglo XIX los liberales –opuestos a la monarquía absolutista– conformaban el partido “constitucional”).

Natale pertenece al Internacional Society for Study of Comparative Law, es miembro del Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional desde su fundación y es también miembro fundador de la Asociación Argentina de Derecho Constitucional que ya lleva cumplida mucha actuación y cuyo Presidente es el doctor

Alberto Dalla Vía. Ha participado en muchos congresos y reuniones, y en la vida pública es muy nutrido –no solo cuantitativa sino cualitativamente– el repertorio de funciones y de las responsabilidades que ha asumido. De éstas, hay una que la envidio: fue Consejero Estudiantil siendo alumno de la Facultad de Derecho y lo envidio porque a mí siempre me han ganado las elecciones Botana u Horacio Sanguinetti. Ahora los tres somos académicos y por supuesto tenemos una amistad imperecedera. En aquellos tiempos salíamos terceros con la lista de ARD, y solo había cabida para mayoría y minoría; de modo que en esto lo envidio a Alberto porque tengo una laguna dentro de mi quehacer político.

No lo envidio en su acceso al Consejo Municipal de la Ciudad de Rosario, admitiendo que debe haber sido una experiencia significativa –doblemente significativa– porque Rosario es una de las ciudades más importantes del país; también porque el Consejo de Rosario tradicionalmente ha sido serio y porque Alberto fue el Concejal que con menor edad accedió a ese cargo. No lo envidio pues acá, en Buenos Aires, quién presidió esta Academia, el doctor Osvaldo Loudet, que fue una eminencia, es recordado muchas veces cuando, refiriéndose a ese cuerpo (al porteño me refiero) lo llamaba el “honorable consejo delirante”; no obstante que han cambiado los tiempos, la denominación y hasta las funciones, aunque las cosas no han variado mucho.

Natale fue además Asesor de Gabinete del Ministerio del Interior en una etapa también muy difícil, que la compartimos en 1971. Allí Natalio Botana integraba la Comisión Asesora para la Reforma Institucional y prácticamente todos los demás colaboradores de esa gestión del difunto Ministro vilmente asesinado Arturo Mor Roig exhibían altura espiritual e independencia de criterio. Quiero dedicar también un instante, un segundo de recuerdo a esa participación que significaba de alguna manera retomar el camino democrático en el país y tratar de volver a los carriles de la Constitución. Nos unía un ideal republicano que compartíamos.

Natale se desempeñó como Intendente Municipal de Rosario en una excelente gestión que aún hoy se la recuerda; y luego, viene un dato deslumbrante: veinte años Diputado de la Nación por sucesivas reelecciones desde 1985 hasta hace dos años. Es decir, un período realmente muy abarcativo de la historia política nacional, en la cual presidió el Inter-bloque Federal además de presidir el bloque de su propio partido, el Demócrata Progresista, donde ha dejado toda una trayectoria y toda una línea de pensamiento y conducta

Integró las siete Comisiones más importantes de la Cámara y, realmente, todos los que quedaron en ella y los que se fueron o se están yendo, recuerdan el paso de Alberto Natale, como un paso semejante a la de los grandes parlamentarios de la historia del Congreso Nacional.

También fue Convencional Nacional Constituyente en 1994 en Santa Fe e intervino en la Comisión redactora; sin olvidar que en la Cámara de Diputados también fue Vicepresidente de ese alto cuerpo. En su partido ha ocupado todos los cargos existentes, desde su incorporación en 1954, muy joven en ese entonces. Fue Secretario General de la Junta Provincial de la Juventud de Santa Fe, Secretario General de la Junta Nacional de la Juventud, Secretario General de la Junta Ejecutiva Provincial de Santa Fe y Secretario General de la Junta Ejecutiva Nacional, el máximo cargo partidario.

En cinco oportunidades fue candidato a Gobernador de la provincia de Santa Fe: aquí también me comprenden “las generales de la ley” porque me siento muy allegado a esa provincia por ser hijo de santafesino y hubiera sido un orgullo que Alberto ocupara la gobernación de esa gran provincia. Por último, recordemos que ha sido candidato a Vicepresidente de la Nación por la Alianza del Centro en las elecciones de 1989.

Su retiro no es tal: no hay en su caso un retiro de la política. No es de ninguna manera “el reposo del guerrero”. Que nadie

se llame a engaño, ni él mismo tampoco lo haga. Es un merecido descanso, una pausa, pues seguros estamos de que retomará el ciclo de su veteranía en cualquier momento en que las circunstancias así lo hagan aconsejable y necesario.

Por suerte, para recoger en el libro, en la imagen y hasta en el dibujo, hoy tenemos a Nick: pero este extraordinario humorista-analista no se ocupa de los parlamentarios. Nos faltaría un Ramón Columba, que en su momento publicó “El Congreso que yo he visto”: famoso taquígrafo que al mismo tiempo que cumplía su función, en los descansos hacía las caricaturas y contaba los datos sobresalientes o subrayaba los relieves de la personalidad de los grandes parlamentarios argentinos, y que llegó a conocer (porque se incorporó muy joven Ramón Columba) a Pellegrini. Columba terminó su obra con la disolución del Congreso en 1943 y ya no continuó esa tarea.

Pero la cita de Pellegrini, viene a cuento de lo que yo preanuncio como esa vocación de raza que tiene Natale por la política. Pellegrini también se alejó de la Cámara y cuando volvió dijo estas palabras: “No extrañe la Cámara si nota en mis palabras emociones de novicio. Vuelvo a ocupar este lugar después de treinta años de ausencia y necesariamente se agolpan en mi mente un enjambre de recuerdos. Vengo con menos ilusiones, menos entusiasmo pero más experiencia, pero vengo con la misma fe ciega en el porvenir de mi país y con la misma resolución de servicio hasta donde mis fuerzas alcancen”. Dicho por Pellegrini, es perfectamente aplicable a Alberto Natale. Tengo la absoluta certeza de que lo veremos en el Congreso o en otras altas funciones, a la brevedad.

Quisiera hacer unas reflexiones más sin quitarle tiempo al orador. Todos conocen “El Gatopardo”, la obra de Lampedusa; pero hay otra obra de un autor catalán que ha sido finalmente traducida al español: “*Bearn o La sala de las muñecas*”. El autor se llama Llorenç Villalonga y he podido leer algunos capítulos de

ese libro que recientemente ha sido reeditado. Allí plantea un tema que, uno no sabe si es nostalgia, si es recuerdo, si es necesidad de olvido o es la aspiración a revivir lo mejor. Y el personaje de esta obra, en un párrafo le dice a una amiga: “Nuestro mundo se va y a mi me parece ahora tan luminoso, tan suave que desearía hacerlo durar un poco más, eso es todo”. Nuestro mundo también se va: no sé si es tan luminoso, si es tan necesario hacerlo durar más, pero pienso que lo que no se va, ni en Alberto Natale, ni en otros amigos, es la voluntad de cambiar ese mundo o por lo menos nuestro mundo para dejarlo un poco mejor de lo que realmente hemos conocido.

Alberto Natale tiene un perfil de hombre de Estado que se puede trazar en pocas líneas respecto de su labor y su presencia pública. Hay antinomias, pues han habido legisladores puramente denunciantes; pero Natale ha sido un legislador “propositivo”: siempre ha tenido la propuesta correspondiente en el momento oportuno; constructivo, pues ha hecho política no sólo agonal sino arquitectónica. Algunos se quedan en la abulia, Natale ha estado siempre activo, nunca ausente o ajeno a los debates que en esos largos veinte años se suscitaron en la Cámara. Hay legisladores y otros gobernantes, que confunden el erario con el peculio: Alberto nunca confundió eso, nunca hubo la menor sospecha ni la menor sombra, siempre ha sido cristalina, transparente y absolutamente incuestionable su conducta pública. Hay legisladores que prefieren la facción a la Nación: Alberto en los debates y en las votaciones dio siempre preeminencia a la Nación sobre la facción. Y, por supuesto, para algunos rige el “todo vale”: en cambio, de Alberto podemos afirmar sin duda alguna que tomó en cuenta la ejemplaridad y ha dejado un paradigma sentado al cual es necesario acercarse en los momentos en los que uno tiene que reflexionar antes de tomar una decisión.

Todas estas cualidades son raíces, diríamos encarnadas, raíces que están de alguna manera sostenidas en la educación, en la cultura y en la formación. Natale es la síntesis del hombre de Es-

tado, “ocupado y preocupado” como diría Ortega, por la cosa pública. En una palabra, su fin, su norte es el “bienestar general” del Preámbulo de la Constitución: es la búsqueda del bien común.

Vivimos épocas de mucha confusión donde todo está mezclado: Estado es lo mismo que Gobierno, Gobierno es lo mismo que Jefe, Jefe es lo mismo que el partido, partido es lo mismo que el candidato o la candidata, y todo esto tiene un resultado: impunidad, falta de responsabilidad. Por eso me parece muy oportuno recordar el estilo de Natale que siempre ha sido como decía la expresión latina tan legendaria, “suave en las formas pero fuerte en las razones”, en las cosas, en los argumentos. Ha puesto el peso en el fondo y no en la apariencia o en la verbalización. Por eso se puede decir que es una combinación del estilo cóncavo con el estilo convexo, es decir, que observando las partes del cuerpo, de ese cuerpo político ha sabido equilibrar lo deprimido cuando está visible, y lo prominente cuando esta visible o invisible pero es menester destacarlo, sin confundir agresividad y suavidad, que son cosas distintas.

Quisiera, finalmente, hacer dos reflexiones. Una escuchada al ex presidente de Brasil, Fernando Enrique Cardoso, cuando hace pocas semanas visitó la Argentina con motivo del “Cuadragésimo tercer Coloquio Anual de IDEA”; y en una magnífica conferencia que pronunció en Mar del Plata, hablando de él mismo y de su experiencia decía: “Los Ministros que no han sido parlamentarios tienen miedo, no se atreven a contestar, se asustan...; no van al Congreso, no aceptan las interpelaciones, no intervienen en los debates”. Natale es el hombre preparado para todo porque ha afrontado desde su experiencia de Consejero Estudiantil, su paso por el Consejo Deliberante y luego por el Congreso, todo lo necesario para poder argumentar, debatir y, si es necesario, polemizar.

Sostenía Madison que había *que extender la República*; y eso es lo que nos proponemos y esperamos que Natale nos ayude

a todos. Incluir, extender los principios republicanos que están tan abandonados, tan alicaídos; en algunos casos restaurarlos, restablecerlos y vivificarlos, pero con la dimensión de extenderlos para que todo el cuerpo mayor de la sociedad aprecie la ventaja de vivir en una República en serio y no nada más que en una denominación de carátula. Si siguiéramos el consejo de Madison, Alberto debería estar encumbrado hacia las más altas responsabilidades, habida cuenta que su preparación, su experiencia y su transparencia así lo indican. Pero, en cambio, sabemos que a la hora de seleccionar se prefiere casi siempre los prontuarios antes que las trayectorias, porque a los desprolijos y a los malhechores se los tiene condicionados; en cambio las trayectorias son libres, independientes y tienen criterio propio.

Hace poco un checo dijo que “salimos del zoológico para entrar en la selva”. Creo que con la conferencia de hoy Natale nos va a orientar para salir de la selva. Por su parte, contestaba San Agustín cuando le pedían que explicara qué era el tiempo: “Si no me lo preguntan, lo sé, si me lo preguntan, lo ignoro”. Lo esencial reside en perseverar como norte en la búsqueda del “tiempo”, para cambiar el *sino* y el *signo*. Natale pertenece a la raza de los luchadores, de aquellos que buscan. Nunca lo veremos situado en el terreno de la indiferencia ni del conformismo. Lejos debe estar del punto de vista sostenido por Heidegger, en una brumosa y peligrosa concepción, cuando afirmaba que “la nada es el elemento dentro del cual la existencia flota braceando por sostenerse”. Por suerte, y con acierto, contamos a la vista con otras concepciones y hasta con otras definiciones, que conducen por un camino más claro hacia la dilucidación de los aspectos vocacionales de la vida.

Todos –escribe James Hillman en *El código del alma*– “tenemos en nuestro interior algo que nos impulsa a tomar determinadas decisiones, a actuar de un cierto modo, sin que a veces seamos conscientes del porqué. Platón lo llamaba *daimon*; otros prefieren simplemente definirlo con las palabras *vocación* o *lla-*

mada". Yo creo que Natale está llamado a volver, a seguir, a perseverar. El ser humano pertenece a una humanidad muy disímil en cada uno de sus componentes. Pero en cada caso se pertenece a una *estirpe*, con rasgos comunes y singulares. En esta evocación hay reminiscencias de "La gran ilusión", la película de Renoir, cuando se descubre que no tiene otro objetivo que superar los límites de los "grandes ausentes", para retomar la plenitud y regresar a la vida, regresar a las pasiones, a los deseos, a estar en condiciones de "mostrar la alegría".

Natale no es unidimensional, es un hombre que no cae en ninguna unilateralidad, sino que tiene la cosmovisión de los fenómenos sociales. Es un estadista y un estudioso, es un combatiente y criterioso, es el modelo de la moderación y del buen sentido. Es centro y no extremismo. Tiene ponderación y se lo pondera por ello mismo. No incurre en la manía de las exageraciones, como riesgo que corren aquellos que optan por monismos absolutos, ya sean de orden teocéntrico, o de orden antropocéntrico, o de perfil economicista (véase al respecto el trabajo de Julio César Labaké, "La revolución de la sensatez", Ed. Aguilar). Y como tiene alma sana y corazón grande, su respeto por el pluralismo se desprende de esto, al modo de una consecuencia lógica. Ustedes lo observarán en la conferencia que va a pronunciar. Siendo optimistas natos, sin embargo somos conscientes de que compartimos algunas apreciaciones escépticas; y no podría ser para menos, toda vez que hasta Borges las tuvo ("incurables"), mientras que otros somos más estrictos en la adopción de los términos y preferimos encarar el problema en la faz de cómo actuar ante quienes piensan y obran con la necedad de los "irrecuperables". Esto viene a colación por cuanto mantiene vigencia la sabia apreciación de Karl Popper en el sentido de que es muy difícil de convencer por la lógica a quienes parten de un supuesto que se basa en razonamientos derivados de una lógica opuesta. El tema de los "irrecuperables" es recurrente en la historia universal y puede aplicarse tanto a personas cuanto a grupos, entidades y hasta na-

ciones: y si no que lo diga Wiston Churchill que, entre otras muchas hecatombes (y aun antes de las dos Guerras Mundiales), refiriéndose a los Balcanes les aplicaba la ironía de decir que esas tierras “producen más historia de la que se puede consumir”.

Hay puntos básicos fundamentales que orientan el pensamiento como lo ha demostrado en su libro. Y por eso es que el tema que él ha elegido es un tema de protesta y de propuesta. Es un tema en el cual se puede protestar respecto del régimen de los partidos porque es legítimo criticar y protestar. Pero también se debe proponer para poder salvar a las instituciones, mejorándolas a efectos de que su credibilidad y su confiabilidad hagan posible superar los procesos de indiferencia o de alejamiento. La respuesta de Natale es la de todo hombre sensato: la autocrítica, ejercida con madurez y sin degradarla al nivel de una deserción. No lo he conversado con él, pero es probable que coincida con la afirmación de Canetti cuando sostuvo que “ya es difícil soportar la propia autocomplacencia, ¡pero la ajena...!”.

Alberto Natale –el nuevo Académico que hoy se incorpora– está muy alejado de lo que se ha llamado el estilo *kitsch*, el estilo que según el diccionario (la palabra también esta castellanizada) se dice de un objeto artístico, o supuestamente artístico, de mal gusto o pasado de moda, pero fundamentalmente pretencioso. Esa palabra que viene del alemán, es la que caracteriza a toda una época de la vida política argentina. Otra observación es que el signo de la decadencia es la licuación. Un sociólogo de moda, Zygmunt Bauman, de origen polaco, habla del amor líquido, de la vida líquida, de la literatura líquida: todo se ha licuado. Nada se puede asir, todo se escapa, todo es voluble; todo, en definitiva, está fuera de control porque de alguna manera es un modo o es una forma de escabullirse. Es un signo de anorexia, el miedo a la comida en la vida privada; el miedo al otro o al pensamiento de los otros. Según el citado sociólogo, el miedo a la convivencia lleva necesariamente a la licuación (véase su obra “Vida de consumo”, Ed. Fondo de Cultura Económica). Esa licuación es la que

nos causa mucho daño y contra la cual Natale lucha denodadamente, con el arma de la razón acompañada de la argumentación. Es tan cierto lo que dice Bauman de las personas: “si compro, luego existo”, como es patético que con respecto al Estado el fiscalismo maníaco conduzca al axioma: “si recaudo, existo”, con el resultado de que cuanto más se recauda son más los despropósitos que se cometen (sic).

El horror a la impudicia de “la canalla” y de los “patanes” o de los “brutos” es una evidencia, a la que la sociedad debe responder con su rechazo, buscando frente a esa evidencia la excelencia. Hay al respecto una aseveración de Goethe con la que cierro estas palabras, que figura en sus *Máximas y Reflexiones*, la número 367, que en la traducción de Aguilar dice: “Nada hay más espantoso que una ignorancia activa”. Las traducciones británicas prefieren decir: “Nothing is more terrible than ignorance in action” (a semejanza de las italianas). Creo sin embargo que la mejor adaptación es decir: “No hay nada más terrible que la ignorancia en acción”. Y desgraciadamente es así: los huecos y vacíos producidos por la “dejación” –palabra que usa mucho el Rey de España– de las dirigencias, son cubiertos por la afluencia en torbellino y tropel de “gente baja y ruin”, que es la definición de patán, entendiendo por tal el que como persona o como muchedumbre se manifiesta con dos rasgos inconfundibles: son “despreciables” y practican “malos proceder”. Frente a eso, tan terrible, obviamente lo único que puede hacerse es poner a los mejores. Por eso compartimos con Natale los mismos temores y angustias, como también tenemos lecturas semejantes de los mensajes que nos brinda la historia. No hay que desatender las lecciones del pasado si se quieren evitar análogas consecuencias de errores ya cometidos. Bien advertía Thomas Carlyle, pensando en la Revolución Francesa, que “la segunda edición de la Enciclopedia fue encuadernada con la piel de quienes se rieron de la primera”. Que no nos ocurra lo mismo.

Por último: ¿cuál es el estilo de Natale, más que en las formas, en la sustancia y sus contenidos? ¿Podría coincidir él con las doctrinas de Clausevitz? No creo que sea así porque asociar la política con la guerra puede llevar a efectos devastadores. Me confunde un pensamiento de Ortega y Gasset que aparece en el tomo VII de las obras completas de este gran pensador (Ed. Taurus) donde se reproducen algunas notas correspondientes al año 1909, o sea, antes de la primera Guerra Mundial, en que dice el eminente pensador español: “Entre política y guerra no hay diferencia sustancial. Son una misma cosa en distintos periodos de su evolución: lo radical en ambas es la lucha por imponer nuestra peculiaridad, lo que hay en nosotros de distinto, de único. Sólo hay un progreso en la calidad de las armas: primeramente no existían otros instrumentos punzantes que las piedras, las espadas, las balas y la política se hizo en la guerra; luego se descubrieron los adjetivos y a la guerra de epítetos llamamos política”. Y de eso se trata: una *guerra de epítetos*; y es de lamentar que a eso asistimos, pero no a la objetividad del término, cuyo fin principal no es determinar o especificar el nombre, sino caracterizarlo. Entonces, asistimos azorados, aunque ya acostumbrados a su habitualidad, al uso peyorativo de la “guerra de epítetos”, entendida como la denostación, la descalificación, la injuria y el menosprecio o “ninguneo”, siendo este último el equivalente a la soberbia de no tomar en consideración a los que no forman parte del mismo redil. El estilo de Natale es el de un gran Señor de la política. El de un estudioso, el de un respetuoso, el de un perspicaz y agudo observador –y analista también– de la realidad. Hay lo que hay; es lo que es: todo aquello que nos circunda. Natale lo sabe y lo comprende. Entiende cómo son las cosas; que no es lo mismo que la capitulación o la resignación. No es un conformista. Es un hombre dotado de muchos y grandes ideales.

Pero además, tiene otra virtud, que la extraigo de una anécdota de la Historia: parece que cierta vez Benjamin Franklin, participante activo en la elaboración de la Constitución de 1776 de

los Estados Unidos, siendo embajador en Francia se encontraba en el café de moda de Saint Germain, cuando entra bruscamente un joven abogado, Georges Danton. El futuro líder de la Revolución Francesa le gritó: “El mundo no es más que injusticia y miseria. ¿Dónde están las sanciones?”. Y le preguntó de manera provocadora: “Señor Franklin, ¿por detrás de la Declaración de Independencia norteamericana, no hay justicia ni una fuerza que imponga respeto?”. Franklin serenamente le contestó: “Se equivoca, Señor Danton, detrás de la Declaración hay un inestimable y perenne poder: el poder de la vergüenza”. Los argentinos podríamos decir lo mismo, ya que nuestra Constitución *real* se traduce en un único Artículo: “todo vale”.

Puedo decir de nuestro recipiendario de hoy, el hombre hecho y derecho, Académico, Profesor, legislador, gobernante y escritor, que estoy convencido de la “vergüenza ajena” que lo sensibiliza ante cada atrocidad institucional que sufrimos, como “seguidilla” de hechos y actos que atentan contra el Estado de Derecho y erosionan la seguridad jurídica.

Quiso el destino que al momento de escribir estas palabras de presentación, acudiera al Diccionario de la Real Academia Española para corroborar la aceptación y el significado del término “seguidilla” y, hete aquí, que con gran sorpresa de mi parte, aparece en una de sus acepciones como sinónimo –en estilo coloquial– de “diarrea”. Y esto es, más exactamente, lo que acontece con el daño constitucional que escatológicamente, o sea, terminalmente, recae como lava volcánica sobre la salud del régimen institucional de la República, con la sensación de asco que ciudadanos de la talla de Alberto Natale condenan con la valentía cívica que lo caracteriza. Estimo que su filosofía política se asienta en la de Cicerón y no en la de Maquiavelo; y es bueno que así sea, pues mientras la primera permitió construir imperios, la picardía de la otra no sirvió ni siquiera para que perduraran los príncipes de las pequeñas ciudades italianas a las que estaba dirigida.

Señoras y Señores:

Ningún esfuerzo es inútil si está animado por la llama de una legítima creencia en la supremacía de los valores permanentes que enuncia el Preámbulo de la Constitución Histórica de 1853/60. A propósito de la pregunta que en los *Cuatro Cuartetos* planteó el clarividente T. S. Eliot: “¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir? ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?”. Está aquí presente, en este acto académico, el amigo y escritor por todos nosotros querido, Don Bernardo Ezequiel Korembli, conocedor de la obra de Eliot, que además de ello ha rescatado a numerosos escritores algo olvidados (e injustamente olvidados), pero que los reivindica, de la misma manera que yo deseo destacar la perduración del aporte político e institucional del nuevo Académico: don Bernardo señala –y la frase es aplicable al presente caso– que aquellos hombres “vivieron sin extenuación las razones y las inspiraciones de la sabiduría sin el decaimiento producido por el mero conocimiento y en suma vivieron, pensaron, sintieron y crearon de acuerdo con el dictado superior: hazlo en la altura y no bajas al llano” (La Prensa, 8-XI-2007).

Natale no puede ni debe sentirse deudor. No debe nada, porque dio y sigue dando lo mejor de sí. No hay tiempo perdido en su vida y en su lucha. Ha sembrado buena semilla. Hoy nos dará una lección más, que aguardamos con impaciencia pues estamos todos sedientos de anoticiarnos de una alborada que nos anime en el renovado compromiso de “bregar”, en la acepción más dificultosa de este verbo: “luchar con los riesgos y trabajos o dificultades *para superarlos*” (RAE).

Esa es la consigna y con ella estamos comprometidos.

¡Bienvenido, Señor Académico Alberto Natale!

PERSPECTIVAS DEL SISTEMA DE PARTIDOS POLÍTICOS EN NUESTRO PAÍS

Por el académico DR. ALBERTO A. NATALE

1. A nadie escapa que el sistema de partidos políticos en la Argentina está soportando una profunda mutación. Fuerzas que hasta ayer nomás compitieron por el poder mayor, hoy aparecen fraccionadas, desdibujadas, ausentes. Al mismo tiempo, en las elecciones nacionales y provinciales de este año, como ya se había insinuado en algunos comicios anteriores, aparecieron alianzas, coaliciones, *espacios* –como se los suele llamar– que marcan la tónica de un cambio aún incierto, cuyo desenvolvimiento venidero todavía no se vislumbra con claridad.

Me propongo formular diversos interrogantes, para luego tratar de arribar a algunas respuestas que nos ayuden a visualizar lo que esté por venir y, por qué no, contribuir al diseño de lo que pueda surgir. ¿Está en crisis el sistema de partidos en la Argentina? ¿Avanzamos hacia uno nuevo, distinto del que conocimos? ¿Han cambiado, en el mundo y entre nosotros, las formas tradicionales de hacer política? ¿Qué se necesita para que amanezca un nuevo sistema de partidos? ¿Qué ocurrirá si se mantiene el statu-quo? En definitiva, ¿cuáles son las perspectivas del sistema de partidos en nuestro país?

2. La crisis de los años 2001 y 2002 respondió a una conjunción de factores políticos y económicos, que terminaron llevándonos a una profunda conmoción social. Advertí mucho antes de que los hechos acontecieran, que nos aproximábamos hacia una honda crisis económica. Su causa primordial fue de naturaleza fiscal, motivada por los recurrentes déficit del presupuesto nacional que se exteriorizaron a partir de 1995 y forzaron a un creciente endeudamiento. Las provincias, por su parte, no se quedaron atrás, ya que también contribuyeron al deterioro de las cuentas públicas. Factores externos (las crisis de México, Sudeste Asiático, Rusia, Brasil), nos afectaron provocando un proceso, primero de estancamiento y luego recesivo, que se manifestó a fines de 1998, recrudesció a comienzos de 2000 y terminó estallando con la corrida bancaria de 2001, que algunos inconscientemente ayudaron a desatar, y que fue la antesala del colapso. Este tuvo su supremo alcance cuando la devaluación de 2002 causó una caída del producto bruto cercana al doce por ciento, con todas sus secuelas de pobreza y desempleo.

Sin embargo, el motivo desencadenante de la crisis fue de raíz política. La ruptura de la Alianza gobernante, después de la renuncia del Vicepresidente, debilitó al poder y, más todavía cuando el Presidente no ejercía un liderazgo pleno sobre su propio partido. Encima, aquellos que perdieron la elección presidencial añoraban el poder que no habían conseguido. El cocktail era demasiado explosivo para que lo soportara el débil Gobierno.

Las sucesiones presidenciales del tortuoso fin de año, el *default* y la devaluación –que tantos aplaudieron y apoyaron, y que fuimos muy pocos quienes prevenimos sobre sus consecuencias– desataron la tormenta, cuyos efectos aún seguimos soportando, ya sea en la virtual carencia de crédito externo, como en la inflación creciente que otra vez se ha instalado.

Aquí no puedo olvidarme de Avellaneda cuando, frente a otra crisis por endeudamiento público, tuvo el coraje de afirmar

desde la Presidencia: “La República puede estar dividida hondamente en partidos internos; pero no tiene sino un honor y un crédito, como sólo tiene un nombre y una bandera ante los pueblos extraños. Hay dos millones de argentinos que economizarán hasta sobre su hambre y su sed, para responder en una situación suprema a los compromisos de nuestra fe pública en lo mercados extranjeros”. ¡Es tan diferente el valor moral de honrar la deuda que el de jactarse por no pagarla!

Hoy, después de deshonrarla y dejar el tendal de acreedores impagos, debemos tanto como antes del *default*, y nos cuesta restablecer el crédito de la Nación.

La crisis política y económica desató la crisis social. Las calles de la República se inundaron con el grito de “que se vayan todos”, espontáneo en muchos casos, alentado alegremente en otros. Sin distinciones de ninguna índole, hubieran sido o no responsables de la hecatombe. Pero la Argentina siempre nos ofrece paradojas. Aquellos actores a quienes el griterío pedía que se fueran, prácticamente se quedaron todos. Pero muchos de los partidos de los que ellos provenían, se diluyeron en la cambiante catarsis política. El clamor llegó, en muchos casos, a las agrupaciones, no a las personas.

3. Nuestro sistema de partidos durante el siglo XX puede caracterizarse como un pluripartidismo con dominantes connotaciones bipartidistas.

Tomemos como límites de la Centuria el comienzo de la Primera Guerra y el final de la Guerra Fría a partir de la caída del Muro: 1914 / 1989. El agotamiento de la “*belle époque*”, en un extremo, el comienzo del derrumbe comunista, en el otro. Como tiempo intermedio, el fin de la Segunda Guerra. Mal que nos pese, las grandes conflagraciones marcando los momentos de la Historia.

En la Argentina, paralelamente con el *inicio* del siglo (en la fecha convencional indicada), en 1916 llega al poder el radicalismo personalizado en el yrigoyenismo. En la bisagra del siglo, en 1946 llega al poder el justicialismo personalizado en el peronismo. Los dos son los actores políticos primordiales del siglo pasado.

Ambos fueron, en especial en sus momentos exitosos, *movimientos* políticos, más que partidos. El *movimiento* se caracteriza por aglutinar a individuos que son atraídos por la personalidad de un líder y, eventualmente, por algún imaginario sobre un determinado estandarte, que conviven a pesar de tener pensamientos encontrados sobre muchísimas cuestiones. El partido –ya nos adentraremos en sus características– busca afinidades de ideas, el *movimiento* articula voluntades tras una personalidad que las dirige y orienta.

Esta distinción entre partidos y *movimientos* es útil para comprender muchos momentos políticos de la Argentina del siglo XX.

Por cierto que hubieron importantes esfuerzos para constituir partidos políticos, al estilo de los conocidos en otras latitudes. Me parecen ejemplos elocuentes, Juan B. Justo en 1896 fundando el Partido Socialista, Lisandro de la Torre en 1914 organizando el Partido Demócrata Progresista. Enrique Thedy, en su artículo “Índole y Propósitos de la Liga del Sur” publicado en 1910 en el tomo 1º de la Revista Argentina de Ciencias Políticas de Rodolfo Rivarola señala este intento al crearse la Liga. En la misma Revista, en 1913, Raymundo Wilmar, escribe un excelente trabajo preguntándose por qué no tenemos partidos de principios, y recuerda el reclamo que había hecho Carlos Pellegrini en ese sentido. Sin embargo el dominio de la vida política a partir de esta época estuvo a cargo de los *movimientos*, no de los partidos.

Así como los *clubes*, liberales, nacionales, autonomistas, cívicos, fueron característicos del siglo XIX, los *movimientos*

juegan un papel muy importante en la política argentina del siglo XX.

Aquel pluripartidismo de fuerte tendencia bipartidista, se reconoce apenas se analizan prácticamente todos los resultados producidos en las elecciones presidenciales y parlamentarias, desde 1912, sancionada la Ley Saénz Peña, hasta el fin del siglo. Encontramos entonces dos momentos. A partir de 1916 hasta 1946 la hegemonía del radicalismo, aun fracturándose como en 1928, y luego la del justicialismo, recién desplazado de las victorias en 1983. Dos fuerzas políticas, de nítidos contornos movimientistas dominando la escena y un abanico de partidos acompañando el juego democrático.

En medio de ello, desde luego, las fracturas institucionales que entre 1930 y 1983 impidieron vivir con continuidad el sistema representativo republicano federal querido por la Constitución. Este es un capítulo muy importante, por cierto, para la vida política del país, pero también con relación al tema que tratamos de los partidos políticos, porque produjo una suerte de cristalización de los partidos y de su dirigencia, postergando naturales renovaciones.

A mi juicio, son estos los elementos que caracterizaron la vida política de nuestro país durante el siglo XX, preparándonos para vivir el colapso con el que debutamos en el siglo XXI.

4. Hace exactamente cincuenta años, en 1957, apareció en su versión española un libro que se transformaría en un clásico sobre los partidos políticos: la obra de Maurice Duverger que en Francia se había editado en 1951. Desde luego que el tema interesó mucho antes a otros pensadores. Benjamín Constant ya había escrito en 1816 que “un partido es una agrupación de personas que profesan la misma doctrina política”; James Bryce describió los partidos norteamericanos; Robert Michels en 1915

enunció su ley de hierro sobre las oligarquías en los partidos socialistas.

Pero la virtud de Duverger fue la de demostrar que la organización, era el elemento que caracterizaba a los partidos del siglo XX. Dice, por ejemplo: “La originalidad de los partidos del siglo XX reside en su organización. Esta organización tiende a convertirse en un elemento esencial de la acción del partido, de su influencia y de su papel”. Aunque agrega después: “No deberá deducirse de esto que el autor considere la organización de los partidos un elemento más importante que la doctrina o la base social de éstos”. Duverger, que según parece tenía su historia, en 1951 quería ser –como diríamos hoy– “políticamente correcto”, y por eso asignaba capital importancia a la estructura, pero al mismo tiempo enfatizaba sobre la doctrina de los partidos o su base social, expresión esta última destinada a satisfacer a los partidos marxistas, tan de moda en aquellos tiempos.

Y se curaba en salud: “Se ruega al lector que no olvide –escribía el catedrático francés– el carácter altamente conjetural de las conclusiones formuladas en este libro. Dentro de cincuenta años quizás, será posible describir el funcionamiento real de los partidos políticos”.

Traigo a la mesa esto que todos conocemos de Duverger, porque el concepto de organización, que él incorpora al análisis, más su referencia a que 50 años después se pudiera revisar ese pensamiento, viene muy bien para empezar a responder las preguntas con la que se inició este análisis.

Antes de avanzar me parece conveniente hacer algunas precisiones. Entiendo que el poder *es la fuerza social destinada a imponer comportamientos humanos en las direcciones que fija quien efectivamente lo ejerce*. La idea de *fuerza* nos la presta la física, especificando que es *social* ya que se refiere a las relaciones recíprocas entre los hombres. Esta fuerza social busca *imponer comportamientos humanos*, es decir regula conductas de los

individuos, y tiene una *dirección*, o sea, un rumbo, que impone *quien efectivamente la ejerce*. Nos abstenemos de discutir aquí sobre el poder legítimo y el ilegítimo, porque esto tiene otra tipo de alcance. Por ahora nos resulta suficiente con decir qué es el poder.

La política, en mi apreciación, es la *forma de obtener y ejercer el poder*. Este concepto es una simbiosis entre quienes, como Loewenstein, pensaban que era “la lucha por el poder” o, desde otro ángulo, Ortega cuando decía que era “tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación”.

Nos queda por decir que, si bien todos sabemos qué se entiende por un *sistema de partidos*, cuando la doctrina distingue entre sistemas dualistas, pluripartidistas, de partido dominante o hegemónico, de partido único, según el gusto y paladar de cada autor, en este análisis referido a la Argentina estamos pensado en un sistema de partidos conformado por varias fuerzas que tengan recíprocamente capacidad para alcanzar el poder y capacidad para gobernar, que a su vez puedan alternarse de manera no traumática en esas funciones. En síntesis, nos indagamos sobre la posibilidad de que la disputa democrática sea entre dos o más fuerzas con análoga capacidad competitiva. Este es el signo que caracteriza a las democracias maduras.

5. Los juegos del intelecto son consustanciales con la condición humana. Siempre han existido y siempre existirán. Algunos subsisten desde la antigüedad. Los sabios griegos mantienen frescura. Otros, de otros tiempos, también ganaron reconocimiento histórico. Sin embargo, igualmente están los que deslumbraron al principio y terminaron teniendo fugaz alcance.

El siglo XX conoció grandes plagas que generaron enormes tragedias. Los absurdos políticos que se expandieron en el tiempo de entreguerras, después de sepultar a millones de víctimas, se

esfumaron al terminar la Segunda Guerra. Más tarde le tocó el turno a la otra infinita catástrofe, que había empezado antes y terminó después. Cada uno buscó siempre algún sostén doctrinal. No es posible olvidar la interminable cantidad de intelectuales que justificaron estos desquicios y que fueron magistralmente desnudados por Jean-François Revel en varios de sus libros, en los que retrató a empinados dueños del poder cultural, cultivadores del relativismo ético, complacientes de las dictaduras que les caían simpáticas.

Después de tantos entuertos hoy asistimos a la revolución científica más vertiginosa de todas las épocas. Nunca, como en el presente, las transformaciones del conocimiento habían alcanzado la actual dimensión. Esto tiene importancia no sólo por lo que en sí significan, sino porque normalmente los grandes cambios en las sociedades fueron anteceditos por profundos avances en las ciencias.

Las modificaciones políticas y la expansión científica a la que asistimos, alentaron la imaginación de nuevas relaciones en todos los órdenes. La globalización es una realidad, aunque a algunos les guste y a otros no. Negarla es como desconocer la *ley de la gravitación universal*.

Hombres talentosos que expusieron ideas ingeniosas, convulsionaron el debate político, en especial después del desmoronamiento del imperio soviético. Algunas de esas ideas persisten, otras pasan de moda. Hacia 1992 Fukuyama levantó polvaredas cuando pensó que la civilización se consolidaría sobre la base de los sistemas políticos y económicos que habían permitido el crecimiento de las grandes naciones occidentales. Casi como una respuesta, podría decirse, en 1996 Huntington sostuvo que los agrupamientos estadales más importantes serían los de las siete u ocho civilizaciones del mundo y que, por primera vez, la política era multipolar y multicivilizacional. Zygmunt Bauman, y su teoría sobre la sociedad líquida, flexible, diferente de la sólida

que la antecedió, inunda lo político de ideas singulares. Cree, in-sólitamente, que el poder y la política se separan, que las presiones del mercado reemplazan a la legislación en el establecimiento de la agenda. Reserva para la política el espacio físico y geográfico, mientras el capital y la información habitan en el ciberespacio.

También está de moda hablar de la postpolítica, ese espíritu de consenso donde el debate de ideas se diluye, hasta llegar a los extremos de la antipolítica. Desde luego, todo esto en los países desarrollados, en los que a nadie les falta agua corriente ni cloacas. Claro, Norberto Bobbio, un hombre de izquierda, en uno de sus últimos libros quiso destacar las diferencias entre izquierdas y derechas en especial en Europa y no le fue, a mi juicio, tan fácil el emprendimiento. El dilema entre libertad e igualdad que algunos plantean, tiene sus complejidades. ¿Puede haber igualdad sin libertad? ¿Es plena la libertad cuando no se persigue la igualdad de posibilidades? Son preguntas eternas.

Si los contenidos de las políticas pueden ser diferentes, las formas de hacer política ¿también lo serán? El canadiense Marshall Mc Luhan, varias décadas atrás, fue tal vez el primero en advertir la influencia de los modernos medios de comunicación sobre los comportamientos políticos. Más cerca en el tiempo, Sartori pronosticó la falta de poder de los partidos y la ocupación de su espacio por el video. Jiménez de Parga decía que la gente pensaba lo que algunos querían que pensara y eso creaba deficiencias enormes al régimen democrático. Jean Marie Guèhenno explicaba cómo la eficaz utilización de los medios por parte del político alteraba radicalmente las percepciones de la audiencia. Había nacido lo que algunos llaman la video-política.

6. Con simplismo y ligereza, se rotulan a los partidos, a los pensadores, a los dirigentes, como de *izquierda* o de *derecha*, sin reflexión alguna sobre los contenidos de las políticas que se pro-

pician o se llevan adelante. En la Argentina casi nadie se salvó de esos rótulos, salvo el radicalismo y el justicialismo que siempre fueron llamados por sus nombres, sin aditamentos ideológicos, tal vez porque su perfil de *movimientos*, más que de partidos, los hacía comprensivos de las distintas tendencias.

Los encasillamientos ideológicos en categorías absolutas, como izquierda o derecha, tienen poco sustento. Pero lo más grave, para quienes los emplean, es que sólo alcanzan a la apreciación de una minoría. La mayoría, mira las cosas de una manera a la vez más sencilla pero también más profunda.

Lo dicho no implica afirmar de que en la Argentina contemporánea no existan diferencias conceptuales. Todo lo contrario. No es lo mismo la plena vigencia del sistema republicano que su negación permanente, aferrarse a la ley o imponer la fuerza del poder, conflictos que aún no hemos resuelto en las prácticas reales. Respetar la libertad de expresión o manipular los instrumentos de comunicación, sigue siendo un tema pendiente. La educación, la bendita educación, que está en la boca de todos, aunque nos sigamos alejando del ejemplo sarmientino. La educación, que es la única herramienta que tienen los pueblos para crecer en un mundo cada vez más dominado por el conocimiento, y que nosotros malbaratamos con persistencia. Un paréntesis. ¿Alguna vez, algún gobierno afrontará una verdadera “revolución educativa” que, como mínimo, posibilite que todos –insisto, todos– los habitantes reciban efectivamente la educación común que desde 1884 está inscrita en nuestra legislación?

Otros asuntos. Las relaciones internacionales y su gravitación interna. La economía, con todas sus cuestiones: la inflación, la solvencia fiscal, el tipo de cambio, el régimen impositivo, la infraestructura, la energía, la cuestión del gobierno federal y las provincias. La ingerencia del gobierno en las relaciones de la economía no es un asunto indiferente en nuestro país actual.

Un solo ejemplo, entre tantos: ¿quién duda de que es imprescindible llevar agua corriente y cloacas a todos los confines del país? Nadie. Lograrlo, puede decirse con simpleza, es un asunto de buena gestión. Pero, ¿quién está en condiciones más eficientes para hacerlo? ¿una empresa privada o una empresa estatal? Yo tengo mi respuesta, pero no creo que sea la misma que den otros actores políticos y tampoco la de una serie de argentinos. Y si acordamos lo antedicho ¿quién debe afrontar sus costos? ¿los beneficiarios directos o toda la sociedad, algunos de cuyos integrantes gozaban de los servicios ya desde fines del siglo XIX?

Apenas unos pocos enunciados para demostrar que el debate de ideas en el país de nuestro tiempo está muy lejos de quedar saldado. La gestión, la eficacia, son muy importantes, pero no alcanzan. Ya lo había dicho Lenin –aunque estemos en sus antípodas– no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria. Podríamos decir nosotros que no hay gestión eficaz si no es a partir de ideas que también sean eficaces.

7. Pregunto: ¿El mundo de la sociedad líquida y la videopolítica, desplazó o, al menos, redujo a su mínimo alcance aquella afirmación de Duverger sobre la importancia de la estructura en la conformación de los partidos modernos?

Es más, no ha faltado quien, subyugado por Internet, pensase que nos acercábamos hacia formas de democracia directa en la que todos los días los ciudadanos decidirían por medio de sus computadoras. Bill Gates, pronosticando que en diez años las máquinas reemplazarán a la telefonía fija, lleva agua para el molino de tales creencias.

Convengamos que esta idea “rousseauiana” siglo XXI, no puede ir más allá de su enunciación, porque el sistema representativo archivó hace demasiado tiempo a la democracia directa.

Volvamos al tema de los partidos y su estructura. ¿Es posible, a esta altura de nuestro desarrollo, reemplazarlos por aglutinaciones de algunos dirigentes –suerte de remedo de los *clubes* decimonónicos– que, llegando a toda la población a través de los medios de comunicación, logren las adhesiones necesarias para alcanzar el poder?

Mi respuesta es negativa.

Ello por dos razones, que son las mismas que configuran el concepto que tenemos sobre lo que es la *política*. El partido es insustituible para obtener el poder y para ejercerlo.

En primer término, para obtener el poder es necesario hacer una actividad proselitista en cada uno de los miles de distritos que componen el país. No alcanza con que el candidato sea conocido virtualmente. Además de ser visto de manera física en la mayor cantidad de sitios posibles, es necesario que en cada lugar haya militantes que difundan las ideas, busquen adhesiones, comprometan el voto de los ciudadanos, hagan efectiva la propaganda, controlen la elección, transmitan de manera personal el apoyo. Los medios masivos son imprescindibles, pero no exclusivos. Por eso los norteamericanos siguen manteniendo la práctica de estrechar la mano de los votantes.

Obtenido el poder hay que ejercerlo. Se necesitan numerosas personas para integrar todos los departamentos que componen el Poder Ejecutivo, se debe contar con una respetable cantidad de miembros del Poder Legislativo para facilitar la sanción de las leyes y participar activamente en las decisiones que se toman en ese ámbito. Desde luego que todo gobierno recluta participantes que no provienen sólo de las filas partidarias, pero tener senadores, diputados, ministros, secretarios propios es inexcusable para la tarea de gobernar.

8. A partir de este reconocimiento nos vamos aproximando a las respuestas sobre los interrogantes planteados al principio.

No hay dudas de que determinadas fuerzas que abarcaron buena parte de la política argentina del siglo XX, hoy han sido reemplazadas o, por lo menos, diluidas en nuevas conformaciones. Basta con mirar los resultados del 28 de octubre, los fraccionamientos habidos en algunos de los grandes actores de aquella época, las apariciones de nuevos grupos de estructura todavía incipiente, ensayos que en algunos casos buscarán perdurabilidad y en otros serán transitorios, para advertir que el sistema tradicional está en crisis y se trata de avanzar hacia nuevas expresiones, distintas de las que conocimos.

Esto no debe asombrarnos. Piénsese, por ejemplo, en el surgimiento de partidos en Alemania después de la Guerra, en Francia con el advenimiento de la 5ª República, en la España postfranquista, en Italia al cabo del proceso de “mani puliti”, en los países que habían formado la Unión Soviética, en Chile al advenir la democracia, en Brasil con su flexible sistema, en Uruguay donde se rompió la dicotomía entre colorados y blancos, en Méjico que, después de siete décadas de hegemonía del P.R.I., vio alumbrar un nuevo régimen con posibilidades de alternancia. Decía en la edición de 1998 de mi libro “Derecho Político”: “Es inimaginable un Méjico iniciando el siglo XXI que no se haya incorporado al pluralismo democrático que se impone en tantas latitudes”. Poco tiempo después el P.R.I. perdía la presidencia.

Echando una mirada veremos que en algunos países fue como “borrón y cuenta nueva”, en otros hubo partidos emergentes que alternaron con antiguos “aggiornados”, tampoco faltan recomposiciones de lo preexistente –los demócratas cristianos y los comunistas italianos hoy están en agrupamientos nuevos– así como fuerzas que durante décadas fueron meramente testimoniales o sólo de alcance regional y finalmente alcanzaron el poder general, como el caso uruguayo o el mejicano. En algunos lo nuevo

surgió con vertiginosa espontaneidad, en otros insumió largos años. Diferentes variantes de la transformación de los sistemas de partidos en determinados países americanos y europeos.

Diríamos que en la Argentina el sistema está en un momento germinal. Se extingue un modo que abarcó el siglo XX e intenta alumbrar uno nuevo que debería estar a tono con el siglo XXI.

¿Es posible conseguirlo? Seguramente que sí, a condición de que se satisfagan algunas exigencias. En primer término el acuerdo en torno a ciertas ideas básicas. No son concebibles partidos modernos que carezcan de coincidencias sobre presupuestos programáticas, que definan de antemano las principales políticas. El reclamo de Pellegrini, de hace más de un siglo, sigue vigente hoy. Así ocurre en todas partes. Aunque muchas cuestiones se hayan acotado, aunque el debate en las naciones desarrolladas pase por otros andariveles, en la Argentina presente, todavía se necesitan precisiones sobre asuntos axiales.

El otro requisito es el de la organización, la idea de estructura que expusimos antes. Es difícil hacerlo, cuesta inagotables esfuerzos, demanda vocación y recursos que, mirados en proyección, parecen gigantescos. En los grandes centros urbanos es más fácil. Vistas desde Buenos Aires las cosas se notan más sencillas, pero, sin ir más lejos, armar una estructura en los cerca de 400 ciudades y pueblos de Santa Fe, resulta casi titánico.

Por eso no creo que nuestro país esté para hacer “borrón y cuenta nueva” —como decía antes— sino que la recomposición se irá haciendo a partir de lo preexistente, como ocurrió en otros países. ¿Acaso en 1914 De la Torre no fundó el Partido Demócrata Progresista sobre la base de las fuerzas que había en la política de aquella época?

Miremos el presente desde el prisma de las últimas elecciones, pero también con alguna visualización histórica. El justicialismo, con sus agregados y desagregados, dispone de una base

electoral importante, que aumenta o disminuye según las circunstancias. Buena parte de los otros sectores, que sumados configuran un aporte electoral también importante, aparecen dispersos tras liderazgos –tal vez fugaces– sobre los que se estructuraron agrupaciones, quizá también fugaces. Esa laxitud de algunas expresiones políticas, que a veces son exitosas, explican, por ejemplo, por qué el sector triunfante en las elecciones locales de la ciudad de Buenos Aires en 2007, tuviera un magro resultado en las presidenciales y legislativas de ese distrito poco tiempo después.

Agrupaciones, sectores, coaliciones, espacios, distintos nombres que identifican a conglomerados electorales que, por más que se llamen formalmente partidos políticos porque completan el número de fichas de afiliación que exige la ley de la materia, en puridad no lo son. Por eso, su transitoriedad.

El partido, propiamente dicho, requiere afinidad de pensamiento y estructura permanente. La añeja idea de Duverger sobre la *organización* como elemento que configura a los partidos modernos, sigue teniendo vigencia. Cuando hablamos de *organización* no nos referimos a la formal, sino a la sustancial, es decir a los adherentes jerárquicamente constituidos cubriendo todo el espacio geográfico donde se desenvuelve el partido. Estos son requisitos imprescindibles para conformar nuevas líneas en nuestro sistema de partidos. A ello se le debe agregar una enorme disposición para el trabajo en común. No querer ser primera figura o nada, porque la historia argentina está llena, en todos los tiempos, de buenos intentos que fracasaron por el personalismo y el egoísmo de sus principales actores. Las ambiciones son propias de la naturaleza humana, los liderazgos surgen por natural gravitación.

9. Preguntaba al principio y voy respondiendo ahora. ¿Está en crisis el sistema de partidos en la Argentina? ¿Avanzamos hacia uno nuevo, distinto del que conocimos? Decididamente sí. El que tuvimos durante buena parte del siglo XX, en particular el

que vivió nuestra generación, está siendo sustituido por uno diferente que aún se encuentra gestando, y que si actuamos con inteligencia se materializará.

¿Han cambiado, en el mundo y entre nosotros, las formas tradicionales de hacer política? En el mundo no creo que hayan cambiado radicalmente, lo que se ha modificado, como consecuencia del desarrollo tecnológico, es la forma de la comunicación. Sin embargo, como contracara de la preocupación de aquellos que han difundido el concepto de video-política, pienso que el auge de los medios electrónicos ha expandido la información de manera notable. Antes, los informados eran muy pocos, los que accedían a la lectura de los diarios y algunas fuentes más. Hoy todos saben lo que pasa en todos los lugares del mundo, aunque haya imágenes, informaciones y opiniones que puedan ser deformadas, pero que deben confrontar –especialmente en la era del cable y del satélite– con otras imágenes, informaciones y opiniones.

En nuestro país, claro está, tienen que cambiar muchas formas de hacer política. El clientelismo, la explotación insidiosa de la pobreza con objetivos electorales, el populismo, el discurso que no orienta sino que engaña para obtener adhesiones. También aquellos que pretenden ser líderes, pero que en vez de ser tales –o sea, maestros que marcan el rumbo a las sociedades–, resultan meros lectores de encuestas que después dicen lo que quiere ser escuchado. Estos vicios tienen que cambiar, y terminarán de cambiar cuando quienes los usan adviertan que tampoco es buen negocio político emplearlos.

¿Qué se necesita para que amanezca un nuevo sistema de partidos? Que se recomponga el espectro presente sobre la base de fuerzas que sostengan un conjunto de ideas claras, asentadas en una organización que sirva para llegar al poder y que sirva para gobernar.

¿Qué ocurrirá si se mantiene el statu-quo? La primera impresión sería que si no se hace nada todo quedará como está y

quienes tienen el poder seguirán en él. Cambiará el nombre de los actores pero continuarán entonando la misma melodía.

Sin embargo, el pluralismo de nuestra sociedad no se conformará, buscará nuevos cauces. Lo que importa es que no surjan improvisaciones, producto de la ansiedad por ocupar espacios vacíos, como las que vivimos hace algunos años y cuyas consecuencias aún se conservan en la memoria colectiva.

De allí que con la ambición de ayudar a construir un país mejor, más que para nosotros, para quienes vienen después de nosotros, valdría la pena que muchos compatriotas estuvieran dispuestos a hacer su aporte para consolidar el nuevo sistema de partidos que empieza a insinuarse. Aunque insuma algún tiempo, aunque el éxito no sea mañana, porque al final sólo perdura lo que se construye sobre bases verdaderas. Sé que es difícil, por muchos motivos, pero también sé que es el único camino. Porque nada cambiará si nada cambiamos.

10. Siento la necesidad –en el final– de hacer una reflexión. Este foro académico, que con generosidad me ha acogido, se nutre de hombres de pensamiento y también de acción. En la Argentina hay infinidad de mujeres y hombres que se destacan, diría universalmente, en diferentes áreas del intelecto. Desde la investigación científica, en sus variadas manifestaciones, hasta la meditación en torno a las innumerables cuestiones de la cultura.

Pese a ello el país sufre una larga decadencia. Apenas necesitamos comparar lo que fuimos y lo que somos en el concierto de las naciones, para confirmar lo dicho. Podríamos pasar horas discutiendo y divagando sobre sus causas. Quizá encontrásemos coincidencias, quizá no.

Tengo para mí que la excelencia de mucha de su gente no se compadece con los niveles de su política. Esta frustración de no ser lo que podemos ser, responde, a mi juicio, a que durante

demasiados años los negocios públicos no han sido administrados con la inteligencia, la sabiduría y la probidad que hubiesen merecido. Ideas ajenas a las vigentes en aquellas sociedades a las que les iba bien, ejecutadas muchas veces por espíritus poco escrupulosos, contribuyeron a la declinación. Lo dicho, por supuesto, en medio de altibajos momentáneos.

Esto se debe, en buena medida, a que paulatinamente el mundo del pensamiento se fue dissociando del mundo de la política. Por lo menos, en la mayor parte de sus actores. Como si los intelectuales se refugiaran en la torre de marfil, indiferentemente absteneridos de participar en la cotidianeidad de las cuestiones públicas.

Para colmo no faltaron influencias contraproducentes. Algunos difundieron criterios reaccionarios de la Europa de entreguerras, que calaron entre cierta dirigencia política. Si no, miremos de dónde se nutrió 1943 y su proyección ulterior. Oscilamos entre el universalismo y el aislacionismo. Creímos ser el centro del mundo, alabamos la “viveza criolla”, ensalzamos en el deporte “la mano de Dios”, aprendimos de chicos la moral ramplona del Viejo Vizcaya, era mejor hacerse amigo del juez y no darle de qué quejarse. Pecados veniales que terminaron siendo capitales.

Esa disociación entre el mundo del pensamiento lúcido y el mundo de la política, resultó fuertemente perniciosa.

Traigo al recuerdo el dolor de Stefan Zweig cuando en su Autobiografía escribió: “Pero nosotros, los jóvenes enteramente encapullados en nuestras ambiciones literarias, reparábamos poco en esas mutaciones peligrosas que se operaban en nuestra patria; sólo mirábamos cuadros y libros. No teníamos ni el más remoto interés en los problemas políticos y sociales... La ciudad se conmovía durante las elecciones, y nosotros íbamos a las bibliotecas. Las masas se levantaban, y nosotros escribíamos y discutíamos sobre poesía... Todos pensamos hoy con poco orgullo en

nuestra ceguera política, y nos aterra pensar adónde nos ha conducido”.

Frente a eso, pienso en Mitre, historiador, publicista, Sarmiento multifacético escritor, ambos gobernando el país. Pero no sólo ellos, muchos más. Avellaneda, Pellegrini, Vélez Sársfield, Joaquín V. González, Alberdi gobernándonos desde los libros, por mencionar sólo a algunos. Hombres que hicieron la simbiosis ejemplar entre el mundo del pensamiento y el mundo de la política. Por eso, porque el hacer político estaba entre quienes también pensaban, crecimos de manera espectacular.

Hay un tiempo histórico en que se opera ese alejamiento entre el pensamiento y la política. Es gradual, se acentúa paulatinamente y, en forma paralela, contribuye a nuestra declinación. Como si fuesen compartimentos separados, cada uno se ocupa de lo suyo sin comprender la íntima relación que debe haber entre ambos. Por eso, el mundo del pensamiento –que por su propia sustancia debe ser el que esté mejor ilustrado–, deja al mundo de la política librado a su propia suerte. Es así, por ejemplo, que en 1946 se tomaron ideas que la Guerra ya había sepultado, o después de 1955 cuando el país se volvió a abrir hacia el mundo, muchos dirigentes seguían pensando en lo que se creía antes de que la Argentina se encapsulara dentro de sus fronteras. De los vaivenes que vinieron más adelante, mejor ni hablar.

Ortega, en “Mirabeau...”, después de describir los arquetipos del político y del intelectual, hace la síntesis: “...no será un gran político si no posee una política de alta mar, de poderosa envergadura y larga travesía...esta clarividencia es obra del intelecto, y parece, por tanto, ilusorio creer que el político pueda serlo sin ser a la vez, en no escasa medida, intelectual”. Imagina momentos. César cruzando los Alpes y componiendo un tratado de Analogía, Mirabeau escribiendo en prisión una Gramática, Napoleón en la tienda de campaña sobre la nieve rusa, redactando el Reglamento de la Comedia Francesa. Y remata: “No se pretenda

excluir del político la teoría, la visión puramente intelectual. A la acción tiene en él que preceder una prodigiosa contemplación... Lindamente lo dijo, hace cinco siglos, el maestro Leonardo: *La teoría è il capitano e la prattica sono i soldati-*

La teoría es el capitán, la práctica son los soldados.

¿Habremos de ser capaces de hacer esa síntesis entre el mundo del pensamiento y el mundo de la política, como alguna vez aquella gloriosa generación supo hacerlo, para que este advenimiento de un nuevo sistema de partidos sea iluminado por focos que brillen con esplendor?

Caeríamos en un error, como sociedad, si con otros nombres y con otras fachadas reprodujéramos en el siglo XXI las características del sistema de partidos que conocimos en el siglo XX, porque en sus falencias están muchas de las causas –no todas, por cierto– de la declinación que vivimos. De allí que la contribución que debemos hacer desde el ámbito del pensamiento, pero también desde el compromiso de la militancia, consista en posibilitar la formación de partidos orgánicos que expresen ideas acordes con las que son valiosas en los tiempos actuales. También que reconozcan un estilo ético, que sólo se logra con los grandes ejemplos.

Ese es el desafío, esa es la responsabilidad, esa es la esperanza.

Son estos los presupuestos que, desde mi mirada, habrán de permitir que nuestro país afirme el camino del progreso, con justicia y con libertad, necesario para que las nuevas generaciones vuelvan a sentir el orgullo de ser partícipes de esta magnífica aventura llamada República Argentina.